



IX

HACIA EL SEPULCRO

Y AL siguiente día tampoco se presentó el espectro. Antes al contrario, un soplo de vida nueva, efecto quizás de la llegada de Timón, pareció reanimar á la enferma.

El padre, inquieto por la salud de Anthea, alarmado por las cartas que le escribía Cinna, había dejado á Alejandria anhelando ver otra vez, y temiendo fuese la última, á su hija única.

La esperanza pugnaba por entrar en el alma de Cinna, quien resistiase á acogerla,

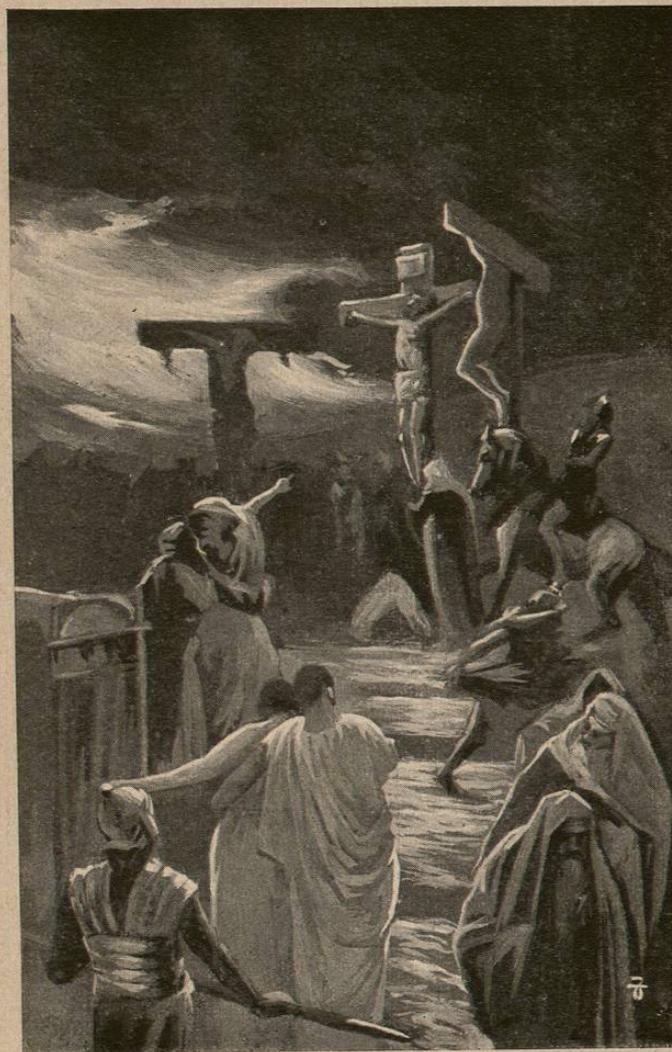
titud bendiciendo á los dioses... Pero luego un estremecimiento de terror recorría su cuerpo, y sentía que la sangre se le helaba en las venas al pensar que aquel renacer fuese quizás el último fulgor de la lámpara que se extingue.

Anhelaba conservarla aquella esperanza, y que alguien la trocara en hermosa realidad; y miraba á Timón. Los mismos pensamientos, iguales temores y esperanzas luchaban en el alma del padre, quien fijaba obstinadamente la mirada en tierra.

Y nadie osaba recordar que se avecinaba el mediodía. Cinna á cada momento examinaba la progresiva disminución de la sombra que proyectaban, y con el corazón oprimido veía acercarse la hora crítica, terrible.

Permanecían en la colina inmóviles, silenciosos, cual abandonados á sus vagos temores... Anthea parecía menos inquieta: tendida en la litera descubierta, reclinada la cabeza sobre almohada de púrpura, aspiraba con delicioso fruición el aire puro que la brisa ligera llevaba de regiones lejanas.

Al mediodía cesó la brisa. Aumentó el calor. Al beso del sol los plantíos de nardo exhalaban delicado aroma, embriagador perfume. Revoloteaban las mariposas sobre floridas anémonas... Pequeños lagartos, habituados á la presencia de aquella litera y de aquellas gentes, salían de las rocas, uno



... después se entreabrió el velo sombrío...

á uno, ardidamente... atentos siempre al menor movimiento. El mundo descansaba en el seno de la calma luminoso, brillante, cobijado por el cielo intensamente azul.

Timón y Cinna parecían descansar también, cediendo al influjo de aquella calma enervadora. Y la enferma cerró los ojos... dijérase que dormía... Reinaba imponente silencio, sólo turbado de vez en cuando por los suspiros que agitaban el pecho de Anthea.

Cinna, que no dejaba de mirar la sombra, veíala disminuir paulatinamente, hasta que apenas proyectóse en torno de sus piés.

—¡Mediodía!

Anthea de súbito abre los ojos, y con misteriosa voz le llama:

—¡Cinna!... ¡tu mano!

Cinna tiembla, un estremecimiento de terror recorre su cuerpo. Es la hora de las terribles visiones. Anthea con los ojos desmesuradamente abiertos le dice:

—¿No ves, allá, una luz brillante cual gavilla encendida?... ¡Se agita! ¡deslumbra! ¡se me acerca!...

—¡Anthea, no la mires! le suplica Cinna.

Pero ¡oh prodigio!... El rostro de la enferma no expresa temor. Los labios entreabiertos, los ojos radiantes... y el rostro se inunda de paz, de suprema alegría.

—La columna de luz se me acerca, repetía Anthea.

—¡Le veo! ¡le veo!
¡Es El!... ¡El Nazareno!
¡Sonríe dulcemente!
¡Oh amor misericordiosísimo!
¡Me tiende sus manos ensangrentadas!
¡Cinna, me brinda la salud, la redención!...
¡Me llama!... ¡¡Sigámosle!!—
Y Cinna, pálido por la emoción, sólo
acertaba á repetir:
—¡Nos llama!... ¡¡Sigámosle!!

.....
Un momento después por el opuesto lado,
y avanzando por roqueño sendero que con-
duce á la ciudad, vieron acercarse á Poncio
Pilato. La expresión de su rostro exteriori-
zaba la emoción que sentía; pero él era sabio,
era filósofo, y no podía creer otra cosa sino
que aquella noticia era fútil invención del
populacho crédulo é ignorante.

De lejos, y enjugándose el sudor que ba-
ñaba su frente, les gritó:
—¡Asombraos! Ahora pretenden... ¡que
ha resucitado!...

Anthea no oía, no quería oír otras pala-
bras que las de Cinna:

¡Nos llama!... ¡¡SIGAMOSLE!!

FIN